



Todo en la vida de Nuno Júdice (en su casa de Lisboa) gira en torno a la literatura y los libros. Foto: Franciaco Seco

La cueva del poeta

Nuno Júdice, reciente premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, publica un libro al año: “A veces un poema llega tal cual, entero, y así lo dejo”

SU CASA, UN AMPLIO tercer piso sin ascensor del centro de Lisboa, esconde un cuarto lateral, forrado de estanterías, una habitación alargada y algo estrecha, con aire de cueva acogedora. Hoy hace frío en este verano que parece que no llega ni a Lisboa ni a ninguna parte y desde la ventana del fondo se cuele la luz sucia de una mañana gris. Nuno Júdice, de 64 años, poeta, novelista y ensayista portugués, recientemente galardonado con el prestigioso Premio de Poesía Iberoamericana Reina Sofía, pasa en este cuarto muchas horas al día, sobre todo por la tarde y por la noche. Tapizada de libros de arriba abajo, Júdice explica que coloca en las estanterías fotos de su familia o de algún escritor admirado (hay una pequeña de Borges y Calvino) para difuminar, precisamente, esa sensación de opresión que exhala un espacio tan repleto de páginas. No le gusta, dice, saberse o imaginarse muchas horas en esta habitación cuya ventana —oculta por un visillo blanco— da a un patio interior. No le agrada la imagen de un escritor encerrado, dando la espalda a la vida. Por eso sale casi todos los días a dar clase de Literatura Francesa y de Portuguesa o a la Fundación Gulbenkian, donde dirige una revista literaria. Ahora, en la calle, le para a veces la gente y le felicita por el premio, compartiendo con él cierto orgullo nacional, como si lo hubieran ganado entre todos, como si lo hubieran ganado un poco todos. “Es la contraposición a todo lo que estamos viviendo ahora con la

crisis en el país. Casi como algo deportivo”, dice, con la misma sonrisa algo irónica de siempre. Todo en la vida de este hombre gira alrededor de los libros y de la literatura. En el cuarto no hay televisión. No se oye música. Hay un sofá para reclinarse a leer y un ordenador de pantalla amplia donde sentarse a escribir. Júdice explica que la disposición para escribir novela o poesía es distinta que la del ensayo. Estos últimos responden a algo preparado, casi programado. Sus novelas, breves, poéticas, obedecen, como sus poemas, a una especie de iluminación en la que los personajes toman la palabra casi sin su permiso. “Y entonces yo me dedico a escucharlos, a seguirles, acuciado por la curiosidad, porque tengo ganas de leer lo que les ocurre. Después, puede que pasen varios meses, o casi un año, de interrupción. Sin escribir nada de esa novela. Hasta que vuelven”, explica, con su voz escasa, con su tono amable. Los poemas participan de ese mismo proceso casi inconsciente, pero llevado al límite. “La poesía es la intensidad. A veces un poema llega tal cual, entero, y así lo dejo”. Parece un rapto raro: pero no lo es. De hecho, Júdice publica a la espantosa regularidad de un libro de poemas al año. Casi siempre escritos ahí, en ese cuarto con aire de cueva amable, empapelado de libros y fotografías, con el visillo claro velando la luz que llega del patio. Una habitación que mira hacia dentro, como él dice. **Antonio Jiménez Barca** •